

á Betania, al monte de las Olivas, porque desde allí habia de subir-se al cielo: no consta si él mismo los sacó y acompañó algún rato, dejándose ver de ellos y no de los otros hombres que pasaban por el camino, ó si se desapareció y ellos se fueron solos. Como quiera que haya sido, los Apóstoles cumplieron luego el mandamiento de Cristo nuestro Señor. Y es de creer que á la salida del cenáculo, se acordarian de la salida que hicieron para el huerto de Getsemaní, que estaba á un lado del monte de las Olivas, llenos de grandes tristezas y congojas, temblando de miedo por los trabajos que esperaban con la muerte de su querido Maestro. Pero ahora saldrian con grandes ansias, mezcladas de tristeza y alegría, esperando su gloriosa subida al cielo; y con este fervor caminarian con paso apresurado al lugar que les estaba señalado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar, que Cristo nuestro Señor escogió para subir al cielo el monte Olivete, adonde oró á su Padre con agonía y sudor de sangre, y adonde fué desamparado de sus Apóstoles, entregado por Judas á sus enemigos; preso de los judíos, atado con sogas y hollado con sus piés; y de donde salió á padecer las ignominias de la cruz, quiere subir á gozar las grandezas de su gloria, para que se entendiese que por estos trabajos ganó el cielo que iba á poseer; y para que yo entienda, que si tengo paciencia, lo mismo que fuere principio de mi humillacion lo será de mi exaltacion, y de los trabajos temporales subiré á los descansos eternos. Tambien para esta subida señaló á Betania, que quiere decir casa de obediencia; y al monte de las Olivas, que representa la cumbre de la misericordia y caridad, para significar que todas las cosas que hizo, desde que encarnó hasta que subió á los cielos, fueron por obedecer á su Padre con perfectísima obediencia, en cuya casa siempre vivió, sin apartarse de ella. Y todas tambien fueron por el supremo fin de la caridad y misericordia, para bien de los hombres, por su amor, y por librarlos de sus miserias. Y juntamente nos enseña que el camino para subir al cielo es Betania, y monte de Olivas, casa de obediencia y cumbre de caridad y misericordia, castificando, como dice san Pedro, y pacificando nuestras almas con obediencia de caridad (1). Ó Hijo unigénito del Padre, que por los caminos de la obediencia y caridad subiste á sentarte á su mano derecha; suplicote me favorezcas, para que toda mi vida more en casa de obediencia, sin apartarme un punto de tu voluntad, procurando

(1) 1 Petr. I, 22.

siempre subir á lo mas alto de la caridad y misericordia, hasta que llegue á subir contigo á lo alto de tu reino, donde te vea y goce por toda la eternidad. Amen.

MEDITACION XVIII.

DE LA ASCENSION DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

PUNTO PRIMERO.—1. Estando todos los discípulos y la Virgen santísima en el monte de las Olivas (1), mostróseles Cristo nuestro Señor con un rostro mas resplandeciente y amoroso que solia, y en lugar de los abrazos que se suelen dar los que se aman cuando se apartan unos de otros, consintió que todos besasen sus sacratísimos piés y manos, saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaria el corazon: llegaria primero la Virgen nuestra Señora, lo cual con titulo de Madre besaria la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo, para subirse con él al cielo, si le fuera concedido; mas como estaba muy resignada en la divina voluntad, no queria otra cosa mas de lo que Dios queria. Llegó luego san Pedro y san Juan, y los demás Apóstoles y discípulos, tocándole todos con grande reverencia y devocion.

2. Luego dice san Lucas: *Elevatis manibus benedixit eis, que levantando las manos los bendijo* (2). Dos cosas hizo Cristo nuestro Señor. La primera fué, levantar las manos en alto, para significar que la bendicion que pretendia echarles, no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que habia sido ganada por su pasion y muerte, levantando las manos en la cruz; y levantó ambas manos, porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendicion, ofreciendonos á manos llenas los bienes de gracia y gloria. De donde sacaré grandes afectos de alabanza y agradecimiento, diciendo con san Pablo: *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendicion espiritual en las cosas celestiales, por su Hijo* (3). Ó Cristo benditísimo, por el dolor y amor excesivo con que levantaste tus manos en la cruz para ganarme las bendiciones celestiales, te suplico las levantes ahora para echarme tu copiosa bendicion: concédeme, Señor, que levante yo las mias al cielo, con oraciones y obras tan perfectas, que merezca levantes tú las tuyas, para bendecirme con ellas.

3. Lo segundo, dice san Lucas, que les bendijo, declarando con

(1) D. Thom. 3 p. q. 57; Marc. xvi; Act. I.—(2) Luc. xxiv, 50.—(3) Ephes. I, 3.

palabras los bienes que deseaba y pedia para ellos. Y aunque no sabemos las palabras que dijo, ni los bienes que deseó y pidió para ellos, puede ser que haya dicho aquellas palabras con que mandaba Dios que bendijesen á los hijos de Israel: *Bendigaos el Señor, y él os guarde; muéstreos su divino rostro y tenga misericordia de vosotros; convierta su faz para miraros con buenos ojos, y concédaos su paz para siempre* (1). Ó quizá repetiría parte de la oracion que hizo en el sermón de la cena, que fué la suprema bendicion que les podía echar, diciendo á su eterno Padre: *Padre santo, en tu nombre y con tu virtud guarda y ampara éstos que me diste, para que sean una cosa, como yo y tú lo somos; y despues suban á donde yo subo, para que vean la claridad que me diste y el amor que me tuviste antes de la creacion del mundo*(2); y como la bendicion de este Señor no es de solas palabras sino de obras, haciendo lo que dice, juntamente les llenaria de aquellos bienes celestiales que pedia para ellos. Ó dulcísimo Jesús, á quien todos los ausentes estaban presentes en aquella hora, dadme parte en esta vuestra bendicion, pues de ella está colgado todo mi remedio; no sea yo como el reprobado Esaú, que no alcanzó la bendicion cumplida de su padre Isaac. Bendecidme, Padre mio, por la despedida, no con bendicion de la tierra, sino con bendicion del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales.

PUNTO SEGUNDO.—1. Dada la bendicion, comenzó el Salvador poco á poco á levantarse de la tierra. *Et ferebatur in cælum, é iba subiendo al cielo* (3), no como Elías, arrebatado de un carro de fuego (4), sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinacion es subir á lo alto, como su propio lugar. Iban con él acompañándole todas las almas de los justos, y muchos coros de Ángeles, que bajaron del cielo para subir con él; los discípulos tenian enclavados los ojos del cuerpo y del alma, en su Maestro, con tres afectos encendidísimos.—El primero de admiracion, viendo una cosa tan nueva, como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestras de tanta grandeza.—El segundo de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en él resplandecía. No rasgaron sus vestiduras por tristeza, como rasgó las suyas Eliseo, cuando vió que su maestro Elías era llevado al cielo, antes darian saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad.

(1) Num. vi, 24.—(2) Joan. xvii, 11.—(3) Luc. xxiv, 51.—(4) IV Reg. ii, 11.

El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle y subirse con él, porque los corazones se iban tras su Amado; cumpliéndose aquí lo que estaba profetizado: *Subiendo á lo alto llevó cautiva la cautividad* (1). Dos suertes de cautivos llevaba Cristo consigo, unos real y verdaderamente en sus propias personas, como eran los justos que sacó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo. Pero demás de esto, llevaba cautivos los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguian con el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de él apartar. ¡Oh quién me diese que fuese yo uno de estos cautivos de Jesús! Ó dulcísimo Jesús, llevad con Vos mi corazón cautivo al cielo, para que esté allí siempre en vuestra compañía. Gózome de que subais por esos aires volando como águila, y provocando á vuestros hijos á que vuelen con Vos (2). Dadme, Señor, alas de águila, con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo mis pensamientos y deseos en solo seguirlos, pues fuera de Vos nada quiero sobre la tierra, ni deseo mas que gozaros en el cielo.

PUNTO TERCERO.—1. *Estando los discípulos mirando á Cristo nuestro Señor como subia, una nube le recibió, y se le quitó de los ojos* (3). Aquí se ha de considerar el misterio de esta nube; la cual en llegando Cristo nuestro Señor cerca de la region del aire, le recibió dentro de sí á vista de los Apóstoles. Y es de creer que sería una nube muy hermosa y resplandeciente, cual convenia para significar la majestad del Señor que subia en ella, y la hermosura del cielo á donde iba, cumpliéndose lo que estaba escrito: *Pones tu subida sobre una nube y andas sobre las plumas de los vientos* (4), que es decir: Sirveste de las nubes como de carros triunfales, para subir volando por esos aires con grande pompa y majestad. ¡Oh qué alegría sentirian los Apóstoles con la vista de este glorioso carro en que iba su Maestro! Y aunque no dieron voces como Eliseo, cuando vió subir á Elías en el carro de fuego, porque la suspension del espíritu les quitaba el uso de la lengua, pero cada uno diria en su corazón lo que dijo Eliseo: *Padre mio, padre mio, carro de Israel y guía suya* (5). Ó Padre mio amantísimo, fortaleza y defensa de los verdaderos israelitas, fuertes en servirte y cuidadosos en contemplarte, ¿á dónde te vas y me dejas? Ó Padre mio dulcísimo, gobernador y protector de los que confian en tí, admíteme en ese carro triunfal; dame entrada en esa nube resplandeciente para que te

(1) Psalm. lxxvii, 19.—(2) Deut. xxxii, 11.—(3) Act. i, 9.

(4) Psalm. ciii, 3.—(5) IV Reg. ii, 12.

siga siquiera con el espíritu, y entre á contemplar la gloria de tu soberana majestad.

2. Lo segundo, se ha de ponderar como habiendo Cristo nuestro Señor subido un rato en esta nube, ella misma le encubrió y quitó de los ojos de sus discípulos; en lo cual esta nube representa todo aquello que nos impide ver á Cristo, y nos hace perder de vista á Dios; lo cual sucede en dos maneras: unas veces es por nuestra culpa, y entonces nuestras culpas son las nubes, las cuales ponemos entre nosotros y Dios, y son grande impedimento de la oracion y contemplacion, segun aquello de Jeremías, que dice: *Pusiste delante de tí una nube para que la oracion no pase al cielo* (1); y pues yo puse esta nube, á mi cuenta está, con la divina gracia, quitarla por medio de la penitencia y mortificacion, examinando en particular si es nube de soberbia ó de codicia, ó de algun amor desordenado á criaturas, y aplicando medios eficaces para deshacer lo que tanto bien me estorba.

3. Otras veces se pone esta nube sin nuestra culpa, por providencia de Dios, el cual como á ciertos tiempos se nos descubre, así tambien á ciertos tiempos se nos cubre, y quiere que no le veamos por la suave contemplacion de su presencia, para que acudamos á otras cosas de su servicio. Y generalmente la flaqueza de nuestra carne, la cortedad de nuestro entendimiento y la muchedumbre de cuidados y necesidades que padecemos en esta vida mortal, son como nubes que nos estorban poder contemplarle con la claridad y continuacion que deseamos, como las nubes que pasan á menudo por el aire nos quitan la vista del sol. Ó Dios infinito, que moras en una luz inaccesible á los mortales (2), quita de mi alma las nubes de los pecados que yo he puesto, y deshaz los nublados de tentaciones y turbaciones que padezco, para que pueda contemplar tu gloria en esta vida mortal, hasta que llegue á verte cara á cara, sin impedimento de nube alguna en la vida eterna. Amen.

PUNTO CUARTO.—1. Despues que los Apóstoles perdieron de vista á Cristo nuestro Señor, como estaban tan admirados y enajenados de sí, no por eso dejaban de mirar al cielo, y se estuvieran en aquel éxtasis mucho tiempo, si el Señor no proveyera quien los despertara (3). *Luego vinieron dos Angeles, en forma de varones, con vestiduras muy blancas, y les dijeron: Varones de Galilea ¿qué haceis aquí mirando al cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, así volverá como lo visteis subir al cielo.* En las cuales palabras los Angeles dieron

(1) Thren. iii, 44. — (2) Tit. vi, 16. — (3) Act. i, 10.

dos maravillosos avisos á los discípulos, y en ellos á nosotros.—El primero, que la suspension y admiracion, y los demás afectos de la divina contemplacion en esta vida se han de tomar con medida y tasa, porque no son fin último, sino medio para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio; y así por modo de reprehension les dijeron los Angeles: *¿Qué haceis mirando al cielo? como quien dice: cesad, basta lo que habeis mirado, volveos á cumplir lo que está á vuestro cargo.*

2. El segundo aviso fué, que juntasen la memoria de esta subida de Cristo al cielo, con la memoria de la vuelta á juzgar, para que la vista de la primera confirmase la fe de la segunda, y para que las predicasen ambas juntamente á los hombres, porque si se descuidasen de vivir bien, con decir que su Señor estaba ausente y se habia subido al cielo, se reformasen, acordándose que habia de volver á juzgarles. Y no les dicen cuándo ha de volver, sino que volverá, para que cada dia estén en espera de su vuelta, y teman la cuenta que le han de dar; y aunque es verdad que volverá así como subió, cuanto á la majestad y grandeza que mostró en la subida, pero el que sube amoroso y blando con muestras de grande amor, volverá terrible y espantoso con señales de grande rigor; y tomará cuenta de lo que nos encargó en la partida, sin perdonar al que hallare culpado. Por tanto, alma mia, en el dia de los bienes acuérdate de los males (1), y en el dia de la subida de Cristo al cielo para ser tu abogado, acuérdate de su vuelta para ser tu juez: mira bien lo que te dejó encargado y procura cumplirlo, para que cuando vuelva te lleve consigo, subiendo á reinar con él en su cielo. Amen.

3. Oyendo los discípulos este recado de los Angeles, *haciendo su adoracion, se volvieron á Jerusalem, cum gaudio magno, con grande gozo* (2): porque como entendieron que su Maestro estaba ya en el trono del cielo, postrados en tierra le adoraron con grande reverencia, supliendo con la vista de la fe lo que no alcanzaban con la vista del cuerpo; y volviéronse con grande gozo: porque aunque volvian sin su Maestro, volvian como gente perfecta, que se goza mas de lo que Dios quiere, que de lo que su carne desea, y se alegra mas de la gloria de Cristo, que de su propio gusto. Las causas de este gozo fueron tres: es á saber, la firmeza de fe con que quedaron, viendo cuán glorioso fin habian tenido las cosas de su Maestro, y por lo pasado quedaban muy certificados de todo lo que es-

(1) Eccles. xi, 27. — (2) Luc. xxiv, 52.

taba por venir. Además, la grande esperanza que cobraron de que les enviara el Espíritu Santo que les había prometido, y que vendría tiempo en que habían de subir con él á estar donde él está, conforme á la palabra que de esto les dió. Y finalmente el grande amor que le tenían, de cuya gloria se gozaban como si fuera propia; y aunque los cuerpos caminaban por la tierra desde el monte de las Olivas á Jerusalem, sus corazones estaban en el cielo, contemplando la gloria de su Señor, y de aquí les resultaba tanto gozo.

4. Estas tres cosas han de causar tambien grande gozo en mi alma, avivando la fe, esperanza y caridad con Cristo mi Señor, gozándome de su gloria, y alegrándome con la esperanza de subir donde él está; para lo cual tengo de procurar quitar de mí todo lo que puede impedir esta subida, como son pecados, vicios y aficiones desordenadas á cosas terrenas, y aun descargarme de la demasía de estas cosas, para poder mas ligeramente volar á donde está Cristo, pues por esto dijo su Majestad: *Que adonde está el cuerpo, allí se juntarán las águilas* (1); esto es, adonde está el cuerpo de Cristo nuestro Señor glorificado, subirán aquellos que se han renovado como águilas (2), y con la confianza en Dios mudaron su fortaleza (3), y tomando alas de águila, suben á contemplarle, y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio. O Rey del cielo, que como águila real subes por esos aires y pones tu nido en lo mas alto del cielo (4), provocándome á que te siga con el deseo; renueva mi juventud como la del águila, para que cobre nueva virtud y fortaleza, y con ella pueda volar tras tí, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazon á donde está tu cuerpo glorificado, para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversacion en el cielo, donde tú vives y reinas, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XIX.

DE LA ENTRADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR EN EL CIELO EMPÍREO, Y DE SU ASIENTO Á LA DIESTRA DEL PADRE.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar el glorioso triunfo con que Cristo nuestro Señor entró en el cielo empíreo (5); en lo cual se ha de ponderar el acompañamiento que llevaba; la

(1) Matth. xxiv, 28. — (2) Psalm. cii, 5. — (3) Isai. xl, 31.
(4) Job, xxxix, 27. — (5) Marc. xvi, 10.

alegría y música con que entró; las pláticas y razonamientos que hubo en la entrada.—El acompañamiento era de todas las almas que había sacado del limbo, con algunos justos ya glorificados en el cuerpo, si es verdad que los que resucitaron con Cristo no tornaron mas á morir, cumpliendo lo que estaba escrito, que *subiendo á lo alto, llevó consigo cautiva á la cautividad* (1). Esto es, llevó las almas que habían estado cautivas en el limbo, tomándolas por sus prisioneras, con prisiones de amor, y con sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo y penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. ¡Oh qué gozosa iba esta compañía de ilustres cautivos y prisioneros, siguiendo á su Capitán, deseando verse en el trono de su gloria, á donde habían de tener perfectísima libertad! Miraban la estrechura y oscuridad del limbo de donde salieron, y comparábanla con la anchura y claridad del cielo empíreo donde entraban; y admirados de la belleza de este lugar, diría cada uno aquello del salmo: *¡Oh cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! Mi ánima los codicia y desfallece, mirando los palacios del Señor* (2).

2. Con esta vista comenzó luego la música celestial que dice David: *Sube Dios con júbilo, y el Señor con voz de trompeta* (3). ¡Oh qué júbilos de alegría sentían aquellas almas, acompañando á su Dios! qué voces de alabanzas mas sonoras que de trompetas salían de sus corazones, glorificando á su Señor! Unas á otras se provocarían á cantar estos cánticos de alabanza, diciendo lo del mismo David: *Cantad á nuestro Dios, cantad, cantad á nuestro Rey, cantad, y cantad con gran sabor, porque Dios es Rey de toda la tierra, y se sienta sobre su santa y real silla. Tambien dirían lo del otro salmo: Cantad al Señor que sube sobre el supremo cielo al Oriente* (4), y allí mora en una luz inaccesible, para alumbrar á sus escogidos, con la lumbre de su gloria.

3. Con el coro de las almas, entraba tambien un coro de innumerables Ángeles que vinieron para acompañar á Cristo nuestro Señor, sirviéndole, como dice David, como de carros triunfales, y eran millares de millares: *millia latantium* (5). Todos con grande alegría, cantando los triunfos de su victoria, haciendo entre sí diálogos y coloquios para descubrir su grandeza, unos decían á los otros: *Abrid, príncipes, vuestras puertas; abrid, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. Otros respondían por via de ad-*

(1) Ephes. iv, 8. — (2) Psalm. lxxxiii, 2. — (3) Psalm. xlvi, 6.

(4) Psalm. xlvii, 33. — (5) Psalm. lvii, 18.